

**LAURA  
RESTREPO**

**Historia de  
un entusiasmo**



Publicado originalmente en 1986 con el título «Historia de una traición», y reeditado en 1998 con el título actual, este libro cuenta los pormenores del primer proceso de negociación de paz entre el gobierno colombiano y las guerrillas insurgentes, en particular con el M-19, que tuvo lugar en el año 1984 y que se recibió con un entusiasmo tan grande como la desilusión ulterior, cuando todo se desplomó.

«Recién aparecido se dijo que era un libro subjetivo, parcial, que pasaba por alto incontables errores de los rebeldes y que se negaba a reconocer las razones de la contraparte. Todo eso debe ser cierto. No está escrito con la neutralidad periodística que tanta se alaba. Pero si con honestidad, con documentación estricta, testimonios auténticos, vivencia de los hechos y profundo respeto por estos».

«Siempre habrá un mar para lavar el alma»,  
escribió desde la prisión el turco Álvaro Fayad.

A su memoria

*Divulguen inmediatamente a la opinión pública*  
que estamos clamando por el cese al fuego... Si no cesa  
inmediatamente el fuego habrá una hecatombe.

ALFONSO REYES ECHANDÍA  
Presidente de la Corte Suprema de Justicia

*La paz es como la felicidad, no*  
se tiene sino por momentitos.  
Uno no sabe que la tuvo sino  
cuando ya pasó.

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

*Si preguntan dónde fue todo eso, díganles que fue*  
debajo de este cielo. Si preguntan cómo fue todo, eso, díganles que fue para  
que todos seamos hermanos y  
para que cada uno haga lo que le dé la gana.

EL LIBRO DE LOS INDIOS KOGI

## Prólogo

Este libro relata un instante de fervoroso entusiasmo.

Durante doce extraordinarios meses fue tal el estado de exaltación que se apoderó de nosotros, que no volvimos a comer ni a dormir. Corría 1984 y Colombia iniciaba, por primera vez en la historia de América Latina, una negociación de paz entre el gobierno y las guerrillas insurgentes. En junio de ese año fui nombrada miembro de la comisión negociadora que sirvió de intermediaria entre las partes en conflicto.

A todos los que de una manera u otra participábamos en el proceso nos embargaba la exuberante sensación de que, después de decenios de violencia en nuestra patria, la paz estaba por fin al alcance de la mano. Un soplo de futuro nos erizaba la piel y nos dejábamos arrastrar por la alegría. Nuestras vidas y destinos personales nos parecieron pequeñitos, insignificantes, porque los mirábamos desde lo alto de un edificio de cien pisos, o más alto todavía, desde una de las cumbres de los Andes. Creíamos con ahínco y nos sentíamos dispuestos a mover montañas: *teníamos veinte años, éramos bellos y estábamos convencidos de que nunca íbamos a morir*. Aquel fue un momento tan estremecedor para miles de colombianos, incluyéndome a mí, que el mismo día en que se eclipsó dejamos de ser jóvenes.

Me es difícil describirle tal estado de exaltación y ebriedad a quien no lo haya experimentado alguna vez. Me es difícil explicármelo aun a mí misma, años después,

cuando no lo siento con igual nitidez. Mirando hacia atrás se me aparece como un fulminante trance colectivo: colorido y frenético como un carnaval.

Y como todo carnaval, refundida entre la alegría y vitalidad de sus comparsas, tuvo siempre presente a la muerte. Reconozco que ella también cumplió su parte, exacerbando hasta el extremo, con su posibilidad inminente, todo lo que le era antagónico: la aventura, el valor, la juventud, el amor, el deslumbramiento de estar vivos.

Si no se miran al calor de esta llamarada, si se los mete en formol y se los coloca sobre la mesa de disección, muchos de los hechos que aquí se narran pueden parecer disparatados, contradictorios y absurdamente audaces, como los pases de un torero inspirado pero inexperto.

Nunca pude mantener una actitud distante frente a lo que acontecía; me fascinaba y me dolía demasiado. Fui escribiendo este libro en caliente, en el escenario de los hechos, sobre tiquetes de avión y servilletas, y lo terminé en el exilio, hirviendo de indignación y angustia, cuando en Colombia se cerraba el ciclo con un baño de sangre que acababa con la vida de casi todos sus protagonistas. De ahí su título original: *Historia de una traición*.

Recién aparecido se dijo que era un libro subjetivo, parcial, que pasaba por alto incontables errores de los rebeldes y que se negaba a reconocer las razones de la contraparte. Todo eso debe ser cierto. No está escrito con la neutralidad periodística que tanto se alaba. Pero sí con honestidad, con documentación estricta, testimonios auténticos, vivencia directa de los hechos y profundo respeto por estos.

Al releerlo tantos años después, lo que más fuerte me vuelve al alma no es el recuerdo del trágico final, sino el sabor de un entusiasmo que hace tiempo no sentimos tan intenso. Por eso he querido cambiarle el nombre por el de *Historia de un entusiasmo*. Preciosa palabra esa, entusias-

mo, que encierra el vocablo griego θεος –Dios– y que significa «fuegosidad de ánimo debido a la presencia divina».

Salud, pues, al entusiasmo de entonces, para que cuando regrese nos encuentre otra vez jóvenes, alertas y dispuestos.

## Belisario

De un lado de la mesa de juego está la guerrilla. No es la primera vez que entra a discutir la posibilidad de la paz con el gobierno de turno, y hace ya tres años que las diferentes agrupaciones, bajo diversas fórmulas, levantan la consigna de la amnistía. Son, pues, ellos, los alzados en armas, los que han barajado y repartido las cartas.

El jugador ubicado al otro lado de la mesa es el presidente de la República, Belisario Betancur. Tampoco es el primer presidente que se mete con el tema. De hecho, lo heredó de su antecesor, Julio César Turbay Ayala, quien, después de un agitado amanecer en su palacio, cuando fue despertado a morterazos por una guerrilla que exigía la paz, tuvo que presentarle al país un par de proyectos de amnistía, buscando que actuaran como válvula de escape para la recalentada caldera en que se había convertido el país, donde bullían las detenciones y los allanamientos, los consejos verbales de guerra, la tortura, las desapariciones y la impunidad para los grupos paramilitares. Sin embargo, la propuesta de amnistía de Turbay fue tan burda que nunca fue tenida en cuenta, ni por los militares ni por los guerrilleros, ni siquiera por el propio gobierno que a pesar suyo se veía obligado a sacársela de la manga.

De esta caricatura de amnistía quedó, sin embargo, una semilla. Surgió una primera Comisión de Paz, sugerida y después encabezada por el ex presidente Carlos Lleras Restrepo, quien tomó la iniciativa para entablar conversaciones con los guerrilleros del M-19, cuya plana mayor

estaba casi toda recluida en la cárcel de La Picota. Esta comisión, aunque no llegó a concretar acuerdos, sí contribuyó a crear el clima necesario para que en las elecciones presidenciales de 1982, la paz fuera el eje obligado de todas las candidaturas. De ellas, la que triunfó fue la de Belisario Betancur, quien, una vez electo, retomó el tema de la paz de ese incipiente punto de partida y puso el pie en el acelerador.

¿Quién era ese hombre que desde la presidencia se animaba a agarrar por los cuernos al toro bravo de la guerra y que se jugaba su prestigio en una delicada operación política que incluía una amnistía operante, una tregua entre los guerrilleros y el ejército y alentadoras promesas de paz? ¿Cómo lo veían los colombianos en el momento en que se jugó el todo por el todo a esta carta, o sea entre marzo y agosto de 1984? Una imagen congelada en ese preciso momento lo mostraría así:

Conservador por convicción y por ataduras orgánicas al partido del mismo signo, tenía sin embargo Belisario Betancur cierta aureola de independencia. En un país donde los políticos tradicionales, desde el momento mismo en que nacen, salen liberales o conservadores, como quien sale hombre o mujer, Betancur se daba el lujo de permitirse un margen de maniobra que lo colocaba un tanto por encima de su propio partido. Unos centímetros solamente, pero eso ya era toda una novedad. A través de su larga carrera política, que incluía tres candidaturas previas frustradas, había ido centrando su discurso en la necesidad de un gobierno de carácter nacional y no partidista, discurso que machacó hasta que en el 82 logró venderse a los votantes, de tal manera que la mayoría que se inclinó a su favor provino no sólo del conservatismo, sino también del liberalismo, del populismo y aun de la izquierda.

Al llegar a la presidencia, Betancur, con su sólido empaque de antioqueño emprendedor, logró con los colom-

bianos lo que no había logrado ninguno de los que lo habían precedido en palacio: que lo quisieran y que le creyeran. En un país envenenado contra los políticos y acostumbrado a confiar más en el diablo que en ellos, consiguió que la gente lo considerara bueno y honesto; a pesar de estarse enfrentando a un pueblo resabiadamente abstencionista y marcado por la orfandad política, se las arregló para recuperar el poder para un partido minoritario, presentando una imagen acogedora y paternal. Un patriarca: eso era para los colombianos Belisario, sin el «Betancur», porque así era como le decía la gente; primero porque alguien con tan inverosímil apelativo no necesitaba apellido, y segundo porque a los abuelos se los llama así cariñosamente.

Cierta magia en el trato con las masas, sumada desde luego a un manejo hábil y científico de los medios de comunicación, ayudaron a que se produjera el fenómeno. En los momentos más difíciles el presidente aparecía en televisión, y bastaba su voz de confesor de cabecera, sus gestos de Papá Noel y su tono campechano, para que sus compatriotas se sintieran invadidos por un cierto efecto tranquilizador.

Además Belisario, rompiendo la tradición de presidentes hijos de ex presidentes, era, como él mismo acostumbraba recordarles a los colombianos en sus arrulladoras charlas con ritmo de bambuco, el hijo del arriero de Amagá, y proyectaba la imagen del hombre que tuvo que compartir el seno materno con veinte hermanos, espartano proceso de selección natural que mató a diecisiete de ellos de cólico miserere, mientras él y otros tres sobrevivían en un rancho con macetas de geranios a la orilla de la carretera, correteando vagones para venderle a los pasajeros rodajas de pifia y quesillo fresco, y después hasta la madrugada tarareando boleros con voz infantil mientras repartía aguardiente de mesa en mesa para ayudarle a su padre, porque en sus épocas sedentarias el arriero de

Amaga ejercía el oficio de cantinero. De adolescente siempre fue el primero de la clase, aunque la pobreza de la familia lo obligara a depender de una beca de los curas y a dormir en los bancos de los parques. Más adelante fue destacado y distinguido alumno de la facultad de derecho, de día, y de noche seductor de bailarinas, bohemio de cafetín, tango y vino tinto, o insomne traductor de Kavafis, alternativamente. Después, ya de grande, fue periodista libertario, próspero hombre de negocios y presidente de la República, sucesivamente.

¿Quién, si no alguien exactamente así, podía hablar de paz, y lograr que le creyeran? Sobre todo lograr que le creyeran, porque hablar, lo habían hecho también los demás. Lo había hecho por ejemplo el ex presidente Alfonso López Michelsen al postularse para la reelección, planteando el problema en términos sin duda mejor estructurados y más sesudos de lo que lo hizo su rival electoral, Belisario Betancur. Pero el ademán de estrecharle la mano a un guerrillero montaraz no le cuadraba, ni siquiera visualmente, a López, ese lúcido caballero de humor fulminante y exquisito gusto cuyo defecto era no haber nacido en Londres. Claro que López intentó crearse la imagen apropiada para el abrazo interclasista: en el afiche central de su campaña apareció retratado con sombrero vallanato, camisa desabrochada, pañuelo rabo de gallo al cuello y gesto combativo en el rostro. Pero a pesar del esfuerzo del fotógrafo, su inocultable sangre azul traicionó al candidato, y quedó demostrado que aunque un López se vista de arriero, López se queda; antes de imprimirlo, tuvieron que retocar el afiche para borrarle el exclusivo reloj Cartier, claramente detectable en el desafiante puño en alto.

Semejante fiasco no le hubiera ocurrido a Belisario, quien aun de terno oscuro se hubiera visto a tono tomando aguardiente con Tirofijo o con Jaime Bateman y de quien se hubiera podido jurar, aun sin habérselo visto, que usaba reloj Quartz digital de números fosforescentes,

el mismo de cualquier taxista que se respete. Lo cual, a la hora de la verdad, no pasaría de ser pura literatura, porque lo que Betancur realmente usaba era un antiguo reloj de bolsillo con leontina de oro, cosa que, por otra parte, no debilita el argumento, pues buena parte del arte y de la ciencia del presidente radicaba en eso, en lograr que todos hubieran perjurado que lo suyo, lo acorde con su estilo y su ideología, era un reloj de taxista.

El reloj con leontina de oro obedecía al hecho de que Belisario, además de ser el hijo del arriero de Amagá, era el socio del Jockey Club de Bogotá, y en el fondo de su ser, al llegar a la presidencia, tenía un 90% de lo segundo mientras que sólo le quedaba un 10% de lo primero. Pero Amagá le había servido para adquirir el *feeling* necesario para hablar de democracia; le había dado el gusto por el aguardiente, la música de carrilera, las bailarinas del espectáculo de variedades, los teóricos marxistas y los poemas de Kavafis, y otra serie de elementos que le permitían compartir un mismo sustrato cultural con los dirigentes guerrilleros con los que se sentaba a hablar de paz.

Además de ser el hijo del arriero y el socio del Jockey, era el humanista que abría las puertas de sus salones a historiadores ingleses, pianistas consagradas y aprendices de zarzuela; que consideraba blasfemia perderse una presentación de la cantante de tango Susana Rinaldi en el Teatro Colón; que tenía por asesor en materias de Estado al premio Nobel de literatura Gabriel García Márquez y se daba el lujo de llamar pintor de la corte a Fernando Botero.

Era también la figura internacional que amparaba bajo su ala al Grupo de Contadora; que ponía de pie a las Naciones Unidas con un vehemente discurso de resonancias rubendarianas; que sonaba en Oslo para premio Nobel de la paz. Y era el demócrata que no sólo se paraba de la mesa del rey de España para irse a charlar con un par de guerrilleros colombianos, sino que además, teniendo un hijo

militante del maoísmo, en vez de llamarlo hampón y de aplicarle el Estatuto de Seguridad, le decía Diego y jugaba ajedrez con él.

En medio de la trayectoria del humanista, del demócrata, del padre bueno con sus hijos y con su pueblo, había una sombra tenebrosa: la matanza de obreros cementeros, años atrás, en Santa Bárbara, cuando Betancur era ministro de Trabajo del presidente Guillermo León Valencia y ordenó reprimir una huelga. Pero después, en medio de su momento de gloria, esta escena se desdibujaba en la memoria colectiva como si fuera el viejo documental en blanco y negro que precedió a la superproducción en tetracolor. De vez en cuando alguien decía: «*Remember Santa Bárbara*».

Pero la multitud entusiasmada prefería olvidar el dato incómodo de que había sangre en el pasado de su presidente bondadoso.

El *quid* del éxito de Belisario Betancur parecía radicar en el hecho de que en él se conjugaban el hombre y su circunstancia: el candidato elegido se ajustaba al tipo de gobierno necesario para un momento de crisis interna y de fuerte propensión a que el descontento social se transformara en explosiones; momento de ebullición de guerras y procesos revolucionarios en el entorno internacional.

Betancur era, entre los candidatos barajados, el más indicado para realizar el intento de desactivar el detonante aproximándose a él en actitud conciliadora. De John Kennedy se decía que era el presidente más izquierdista que podían tolerar los Estados Unidos; de Belisario habría que decir que era el presidente más izquierdista que podían tolerar las altas esferas económicas, políticas y militares colombianas.

Al inicio de su gobierno, Belisario optó por ubicarse frente al panorama nacional como una especie de gran árbitro, determinando las reglas del juego y sacándoles tar-

jeta amarilla o roja a quienes no las observaban. Se situó por encima, como el Zeus olímpico, para controlar desde allá las relaciones entre las clases sociales, entre las colectividades políticas, entre el ejército y la guerrilla. Y así, manejando el tinglado pero sin enredarse en él, empezó a orquestar su jugada maestra, que consistió en seguirle el juego a la guerrilla en su propuesta de amnistía y tregua, apoyándose en los de abajo cada vez que su política incomodaba a los de arriba, y buscando soporte en los de arriba cuando subía la marea del descontento y la protesta por abajo.

Quiso hacer del problema de la paz el principal interés del Estado, entendiéndolo literalmente como lo que era, un asunto de vida o muerte. Como si al leer las *Memorias de Adriano*, de su escritora de cabecera, Marguerite Yourcenar, el nuevo presidente colombiano, quien era hombre propenso a dejarse llevar por la literatura, hubiera quedado hechizado por las palabras del emperador romano: «Traté de infundir a aquellas negociaciones todo el ardor que otros reservan para el campo de batalla;forcé la paz».

Así empezó su gobierno Belisario Betancur: como agente alado de la historia. ¿Qué pasó después?

## Inventario de una guerra irregular

Si de un lado de la mesa de juego hay un hombre, el presidente, del otro lado hay siete mil. Son los siete mil hombres armados que conforman la guerrilla más antigua de América Latina, la colombiana; dividida en diez grupos distintos, de desarrollo exclusivamente rural y crecimiento aritmético hasta 1974, fecha en la cual empieza a multiplicarse también en las ciudades.

DIRIGENTES. Charro Negro, el cura Camilo, Tirapavas, Guatacas, el Comandante Uno, Balín, Pedro Brincos, La Chiqui, los hermanos Vásquez Castaño, los gemelos Calvo, Tirofijo... son unos pocos de la larga lista que va desde los ya sesentones «históricos» de Marquetalia hasta los comandantes de dieciséis años de Yarumales; desde supervivientes cualificados de la Violencia hasta doctorados en universidades extranjeras; desde maestros de escuela hasta niños de bien de la rancia aristocracia; desde ex parlamentarios anapistas hasta hijos de pájaros conservadores.

IDENTIKIT:

FARC-EP. Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, Ejército Popular. Ideológicamente se identifica con el Partido Comunista. Con sus treinta y cinco años de lucha, es la más antigua de la guerrillas revolucionarias. Surge en el campo como desarrollo de la Violencia de los años cincuenta. Con aproximadamente tres mil hombres-arma, es el grupo más grande. Está distribuido en pequeños fren-